



Anne Dufourmantelle

La inteligencia del sueño

Buenos Aires, Nocturna Editora,

2020, 107 pp.

David Parra Miranda

Pontificia Universidad Católica de Chile

diparra@uc.cl

Hacia una política del sueño

La inteligencia del sueño (*La intelligence du rêve*, 2012), de la psicoanalista y filósofa francesa Anne Dufourmantelle, tiene su primera traducción al español realizada por Fernanda Restivo y Karina Macció para Nocturna Editora. Este libro, que nos llega diferido, encuentra su tiempo justo –y por qué no, lógico– en el momento en que las preguntas por el sueño, el despertar y el insomnio parecen adquirir cierta urgencia. Tanto por los acontecimientos que han marcado a Chile los dos últimos años como por el panorama global general de aceleración y desaceleración del tiempo y de la vida.¹

Una de las preguntas fundamentales que atraviesa este libro podría formularse así: “¿De qué es capaz el sueño?”² Anne Dufourmantelle propone pensar la inteligencia

1 Sobre esto, sugiero dos textos: *Why can't we sleep?* (2019) de Darian Leader y *24/7: El capitalismo al asalto del sueño* (2013) de Jonathan Crary. Ambos textos abordan, desde enfoques distintos, la administración política y económica del dormir.

2 Por supuesto, aludo aquí analógicamente a lo que señaló Deleuze sobre Spinoza: “No sabemos ni siquiera lo que puede un cuerpo” (Deleuze 27-28). Ha sido León Rozitchner en su *Materialismo ensoñado* quien ha pensado una teoría del sueño, o de la ensoñación, desde una perspectiva que toma como punto de arranque el paralelismo spinoziano. Para Rozitchner se trata de retomar el suelo imaginario en el que pensamos, contra la abstracción descorporeizada

que le sería propia al sueño: la capacidad de condensar, desplazar y desfigurar el tejido que conforma la realidad. De acuerdo con esto, los sueños no son solo sueños –como reza el viejo *dictum* de Calderón de la Barca–, ni tampoco pueden –ni deben– ser reducidos a meras imágenes sin sentido o efectos de procesos fisiológicos que ocurrirían al dormir.³ El sueño tiene un valor textual –y, por tanto, subjetivo– que merece ser interrogado. Una de sus premisas centrales consiste en invertir nuestra aproximación común al sueño: “Creemos vivir en otra parte que en nuestros sueños. Pero hagamos la hipótesis inversa: no los dejamos jamás, nuestros sueños velan por nosotros” (19). Su libro ensaya distintas respuestas divididas en tres apartados. El primero dedicado al sueño, el segundo a los fantasmas y el tercero a la inspiración creadora.

A través de un texto cuidadosamente escrito, repleto de imágenes y referencias filosóficas y literarias, Dufourmantelle propone pensar la subversión de la que el sueño, en su inquietante especificidad, es capaz. Para la autora, el sueño no consistiría en algún tipo de refuerzo yoico o el simple cumplimiento de anhelos de la vida diurna, sino en la posibilidad de abrir un espacio para la interrogación subjetiva de sí. Reconozco en este libro tres especificidades –o subversiones– del sueño que clasifico del siguiente modo: temporal, espacial y real.

Una primera subversión del sueño es temporal: “el sueño es un futuro anterior que no consiste en predecir sino en reorganizar eso que creemos mudo o sin posibilidad, en contar una proyección dentro de una acción perdida” (21). El “futuro anterior” –formulación de Lacan, *après-coup*, que proviene del *nachtraglichkeit* freudiano– es ese breve destello temporal que el análisis otorga ante las inclemencias de la repetición. Se trata de una retrospectiva situada en el presente: contraria a la idea de un significado que provendría de un pasado a desenterrar o de un futuro fijado de antemano.⁴ En este sentido, el sueño para Dufourmantelle es “futuro ante-

y desconfiada del concepto cartesiano. La ensoñación, nos dice Rozitchner en un diálogo con Diego Sztulwark, “sería la ‘materia’ del ensueño, anterior al sueño: el suelo afectivo que emana del cuerpo y que hace que cada relación vivida con alguien o algo pueda aparecer como sentida y cualificada en su ser presencia como teniendo un sentido: todo ‘repercute’ en uno y cada cosa nos llama y nos interroga con nuestro propio nombre, aunque no nos conozca” (35).

3 Esta fue precisamente una de las batallas de Freud contra la medicina de su época, justamente cuando se preguntaba por el sentido y el valor del sueño en los procesos anímicos. La ciencia, nos dice, “declara al soñar un proceso puramente fisiológico, tras el cual, en consecuencia, sería vano buscar un sentido, un significado, un propósito. Unos estímulos corporales tocarían sobre el instrumento anímico mientras se duerme y así llevarían hasta la conciencia ora esta, ora estotra representación arrancada de la armonía total del alma. Los sueños sólo serían respingos, en modo alguno comparables a unos movimientos expresivos de la vida anímica” (Freud, *El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen* 8).

4 Hay una formulación conocida de Lacan sobre esto: “La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado” (*Seminario I* 27). Esta formulación Lacan la desprende, por supuesto, de Freud, quien en su análisis del “hombre de los lobos” cuestiona el “valor real” de la “escena primordial”, enfatizando el valor del relato en torno al acontecimiento: “tengo el propósito de cerrar este examen del valor de realidad de las escenas primordiales mediante un ‘*non liquet*’” (“El hombre de los lobos” 57). Juan José Saer, en su gran ensayo *El río sin orillas*, formuló lo que es quizás la escena primordial de la nación argentina: “Es la desproporción de lo que Solís y sus hombres pensaban de sí mismos y la función [ritual] que le atribuyeron los indios al comérselos crudos en la playa misma en que los mataron –la *escena primitiva* de la historia del Río de la Plata–, caricatura del relativismo cultural, lo que vuelve al hecho impensable en su desmesura y vagamente cómico a causa del malentendido brutal de dos sistemas de pensamiento” (54). Ese hecho desmesurado, verídico o no, funda una serie de asociaciones significantes posteriores: la búsqueda de argento en “el Río de la Plata, las argentinas aguas, la Argentina, etcétera.

rior” porque “actúa en nosotros un poco como una fuerza que vendría a deshacer el pasado y a permitir habitarlo de otra manera” (21). Y concluye: “El sueño no dice lo que va a pasar, inaugura un camino otro” (21). El sueño, entonces, disuelve la rígida estructuración del tiempo: permite aperturas y enlaces inéditos. De ahí que el psicoanálisis consista, fundamentalmente, en desatar el apretado nudo de los relatos que se presentan como una realidad primordial inamovible. De ahí, también, que el “trauma” sea, antes que un contenido, un conjunto de significaciones –discursos del Otro– petrificadas por el tiempo.

El sueño, por su involuntariedad constitutiva, se juega en el terreno de lo inesperado: “Lo inesperado es una torsión en el tiempo humano [...] Los sueños vienen de allí, del espacio creado por esta fractura íntima” (Dufourmantelle 105). En este sentido, es capaz de introducir una temporalidad otra que tensiona las temporalidades imaginarias del yo. Temporalidades a menudo cargadas de una teleología inconsciente e incuestionada.

Una segunda subversión sería espacial o topológica:⁵ “el sueño se asemeja [...] a una banda de Moebius, no tiene borde. Nada que separe en él el exterior del interior” (Dufourmantelle 26). El sueño tiene la cualidad ominosa (en el sentido freudiano) de confundir o difuminar lo que se supone interior y exterior, pasado y futuro, cercano y distante, etc. Una vieja historia, nos dice Dufourmantelle, es asociada a los eventos de la víspera; recuerdos y pensamientos se confunden; algo que consideramos distante o lejano puede aparecernos condensado o desplazado en lo que creemos más íntimo y próximo. Del mismo modo, lo público y lo privado también son ámbitos sometidos a la torsión topológica del sueño. El sueño remueve y resitúa los objetos de nuestra conciencia. De ahí su efecto cómico, incómodo o terrorífico.

De acuerdo con lo anterior, el sueño sería la extraña juntura de un texto íntimo y ajeno. Se trata de un texto inacabado, abierto, que “devela los falsos semblantes, actualiza los fantasmas, pero inventa también otras proposiciones, otras figuras inéditas que el soñador no conoce aún” (Dufourmantelle 54). El texto del sueño es también fragmentario, centrado en detalles aparentemente irrelevantes o extraños para la vigilia; detalles que duermen contiguos a algún deseo olvidado. También es contradictorio o, mejor aún, es capaz de mantener las contradicciones “a la vez que las supera (*aufhebung*)” (51). El sueño trasciende la contradicción lógica y establece vínculos insospechados que desafían el orden de las representaciones.

5 Remito, de manera aproximativa, a la relación entre psicoanálisis y topología, según lo explica Alfredo Eidelzstein: “La topología nos permite trabajar con una relación nueva entre interior y exterior [...] por ejemplo: que el inconsciente, siendo el discurso del Otro, es lo más propio que tiene el sujeto, lo más interno” (12-13). Por otra parte, la función de tamaño o distancia no son tomadas en cuentas por la topología, “Ustedes saben perfectamente que a veces un instante no termina nunca, y que otras veces muchos años se pasan en un momento; de modo que esas dimensiones del tiempo ya no coinciden en absoluto con ninguna categoría de medida: un instante puede ser más largo que varios años” (12). De ahí que, como señalan Freud y Dufourmantelle, una frase que nos fue dicha en la infancia y que caló puede tener la misma relevancia y efecto que una palabra escuchada el día anterior.

Finalmente, una tercera subversión del sueño es relativa a lo Real: “El sueño es contiguo al pasaje al acto [...] el sueño elabora una figura en el lugar de lo irrepresentable; crea un guión que hace cuerpo con la verdad” (Dufourmantelle 23). El sueño nos confronta con lo real del deseo, tal como notó Freud en su análisis del padre que sueña con su hijo muerto.⁶ En dicho sueño, lo intolerable del deseo devuelve al padre a la realidad. Los sueños, entonces, son soluciones ilustradas y enmarcadas como puzzles, de un núcleo esquivo que no tiene un contenido en sí mismo. El sueño trabaja, entonces, con las insistentes y mortíferas “figuras de la repetición” (45). El sueño es como un arcoíris o un espejismo, una composición hecha de palabras e imágenes. Una irrealidad real: real porque punza al sujeto y quema; irreal porque está compuesto de significantes, significados e imágenes. Esta es la paradójica materialidad de la lengua del sueño, una ventana o marco evanescente por el que se cuele la verdad.⁷ Una extraña mixtura que señala su dato sensible más potente.

La inteligencia del sueño consiste, entonces, en su facultad de subvertir la rigidez de los relatos que se presentan como certezas últimas e incuestionables. Si la ideología hoy tiene algún tipo de fuerza es esta: hacer inconcebible otras formas de vida y obturar la imaginación por medio de un relato múltiplemente monótono. El sueño de la ideología sería –por usar una expresión del narrador de la novela *La grande*– la “somnolencia diurna” que establece la “tiranía de lo razonable”, basada en “la doble superstición de la coherencia y la continuidad” (Saer 62). Las estrategias del sueño –su inteligencia– dan cuenta de una materialidad capaz de perforar la aparente homeostasis de la realidad. El sueño disuelve el conjunto de certezas que colorean el mundo. Con su fuerza intensiva desfigura las imágenes de la representación única y da lugar a lo imposible.

Referencias

- Deleuze, Gilles. *Spinoza: Filosofía práctica*. Trad. Antonio Escohotado. Buenos Aires, Tusquets Editores, 2004.
- Dufourmantelle, Anne. *La inteligencia del sueño*. Buenos Aires, Nocturna Editora, 2020.
- Eidelson, Alfredo. *El grafo del deseo*. Buenos Aires, Manantial Ediciones SRL, 1995.
- Freud, Sigmund. “La interpretación de los sueños” (1900). *Obras completas IV-V*.

6 Véase el capítulo VII de “La interpretación de los sueños” de Freud.

7 La ventana está en uno de los sueños más importantes de la historia del psicoanálisis. El marco y el límite que la ventana establecen ha sido notado por Rancière: “Una historia en una ventana: así podría resumirse el caso del hombre de los lobos. Una ventana es una estructura determinada, una relación de cuatro términos: un adentro y un afuera, un encadenamiento y una interrupción. Esta relación es de doble sentido: el adentro puede valer como lo real opuesto a la clausura sobre sí del adentro, pero también el adentro como el *hic et nunc* opuesto a los espejismos de la huida hacia el afuera” (Rancière 222). Respecto del sueño, la ventana y el fantasma, Lacan se pregunta: “¿Qué vemos en este sueño? La hiancia súbita –los dos términos están indicados– de una ventana. El fantasma se ve más allá de un cristal, y por una ventana que se abre. El fantasma está enmarcado” (*Seminario X 85*).

- Trad. José L. Etcheverry. Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991.
- —. “De la historia de una neurosis infantil (el ‘Hombre de los lobos’)” (1917-1919). *Obras completas XVII*. Trad. José L. Etcheverry. Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey. Buenos Aires, Amorrortu Editores, S. A., 1992.
- —. “El delirio y los sueños en ‘La Gradiva’ de W. Jensen” (1906-1908). *Obras completas IX*. Trad. José L. Etcheverry. Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey. Buenos Aires, Amorrortu Editores, S. A., 1992.
- Lacan, Jacques. *Seminario I: Los Escritos Técnicos de Freud (1953-1954)*. Trad. Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual (revisada por Diana Rabinovich). Buenos Aires, Paidós, 2001.
- —. *Seminario X: La angustia (1962-1963)*. Trad. Enric Berenguer. Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Rancière, Jacques. “La verdad por la ventana. Verdad literaria, verdad freudiana”. *Política de la literatura*. Trad. Marcelo G. Burello, Lucía Vogelfang y J. L. Caputo. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011.
- Rozitchner, León. *Materialismo ensoñado*. Buenos Aires, Tinta Limón Ediciones, 2011.
- Saer, Juan José. *El río sin orillas: tratado imaginario*. Buenos Aires: Seix Barral, 2015.
- —. *La grande*. Barcelona, Rayo Verde, 2017.

